

198

nal, no se descubre en él mas que un conjunto de iniquidades; la rigurosa economía con que se trata, y la austera miseria en que dexa perécer á sus mismos consanguíneos, son signos nada equívocos que indican la dureza de su corazón para con los demás individuos de la sociedad. El oro es el ídolo á quien sacrifica todos sus cuidados: su mente no se ocupa mas que en discurrir los medios de dar actividad á sus deseos insaciables; y su voluntad en acoger quanto conspire á multiplicar sus intereses humanos.

En efecto, adherido á tan viles ideas no queda en su corazón el mas pequeño vacío para recibir aquellos sentimientos que dicta la humanidad: así es que ni la amargura que habita en el obscuro alvergue de la viuda desconsolada, ni el decadente estado del artesano enfermo, ni la desgraciada suerte del huérfano desvalido, ni los tristes suspiros de tantos pobres agoviados con el yugo de la miseria, excitan en su pecho el efecto mas mínimo de compasión; y mas insensible que los duros peñascos consiente que los frutos que recibió de la naturaleza aprovechen mas bien á los despreciables insectos que los roen y consumen por instantes, que sacarlos de sus silos para alivio de los infelices que ve morir lentamente al rigor de la indigencia. ¡ Ah bárbara invidiosidad, que has llegado hasta el exceso de completar la desdicha de los tristes objetos de la adversidad! Y ¿cómo debo asegurar que solo el indolente avaro es capaz de nutrir en su corazón tan monstruosas iniquidades! Porque, ¿qué hombre sensible podrá mirar á su semejante transido de hambre, sin poner en sus manos aquella pequeña parte de pan que solicita para su vital existencia? Y ¿qué racional que conserve todavía en su corazón alguna leve señal de humanidad no se enternecerá al oír los clamores de la afligida jóven, no dará la mano al caido para levantarle, no cubrirá las carnes ateridas del desnudo, no se compadecerá de los trabajos ajenos, y no procurará los medios de hacerlos ménos sensibles? A la verdad que únicamente la dureza del avaro podrá resistir á unos deberes tan sagrados, pues el hombre sensible no puede dexar de mezclar sus lágrimas con las que derraman los infelices sobre los umbrales de su morada, ni mirar sin compadecerse

